

naje, y se limitó á poner un dedo en sus rosados labios por toda contestación.

La cortina volvió á caer, ocultándola á las miradas de Juan.

III

LA SALA DE LOS ENCANTOS

No era una ilusión engañosa lo que había presenciado Juan Rubio. Verdaderamente, su buen amigo, el pobre hermano Pacífico en persona, era quien se hallaba en medio de una especie de paraíso musulmán iluminado por mágicos resplandores. Aquel fantástico lugar estaba destinado á representar las muelles y sensuales delicias de la corte de Salomón durante la época en que este rey vivió olvidado del Señor.

He aquí lo que había sucedido: Tarchino condujo á todo escape al pobre Pacífico desde el mesón de la Urraca hasta el castillo de la Marche. A su llegada, como tenía prisa por conferenciar con el conde, dijo á sus soldados, mientras empujaba á Pacífico entre ellos: Guardadme á este avechuchu.

Los compañeros de Tarchino empezaron á examinar al pedagogo, quien les miraba con los ojos extraviados, y la misma sonrisa asomó á los labios de todos. Proyectaron, pues, divertirse con el pobre hombre, haciéndole una entrada triunfal en los estados del rey Salomón.

Junto al camino abovedado y cubierto de tapicerías, hallábase un gran depósito ó almacén de objetos destinados á la gran representación, en particular, andas ó literas, para conducir á los reyes amigos ó tributarios de Salomón, así como también á las princesas y á los pontífices. Tomaron una de esas literas, desarmáronla y la convirtieron en una

especie de pavés, colocaron un asiento en mitad de él, y Pacífico vióse obligado á ocuparlo en tanto que cuatro robustos mercenarios lo levantaban en alto sobre sus hombros. En esta conformidad se internaron bajo las bóvedas del gran corredor, gritando desaforadamente:

—¡Honor á Salamazar, el hechicero de la reinal

Presentóse Pacífico á las miradas de la muchedumbre agrupada á entrambas orillas del corredor, enhiesto como un huso sobre su asiento, con su escueta sotana que le hacía más largo y delgado que una lanza, con su rostro demudado y lleno de sorpresa y con un gran cucurucho de nigromante en la cabeza, sacado del depósito de los tramoyistas.

La multitud saludó con frenéticas aclamaciones aquel grupo, que parecía ser el primero de los vistosos cortejos que se habían anunciado para aquella noche.

—¡Salve!—gritaba todo el mundo:—¡gloria y honor al gran mágico de la reina!

Es preciso que digamos cuál era en aquel momento la situación mental de Pacífico y lo que pensaba ser aquel pobre que tenía debilidades de niño, mezcladas con arranques de héroe, que era ignorante y sabio, prudente é imbécil á un tiempo mismo. Pacífico era, ante todo, un espíritu enflaquecido por sus constantes cavilaciones y quimeras. Vivía fuera del mundo real, y desde su infancia habíase formado en torno de él un nuevo mundo, creado por la fiebre de su cerebro.

Una hora antes, cuando estaba en la sala común del mesón, Pacífico se había dormido entregado á sus fantásticos sueños; y en el mismo instante en que fué arrancado violentamente de su descanso, vióse montado en la grupa de un caballo, cuya veloz carrera acabó de aturdirle por completo.

El pobre reparó que mientras el caballo de Tarchino le llevaba volando, sus ideas se confundían y amalgamaban en su mente; vió de improviso que la noche se poblaba y alegraba, lo cual le produjo una especie de vértigo agradable; y mientras los cascos de los caballos levantaban chispas al chocar con las piedras de las calles, desprendíase sólo de las conversaciones de los soldados una misma palabra:

—¡Salomón, Salomón, Salomón!

El pobre soñador hallábase metido de veras en un sueño, y como de costumbre dejóse mecer por él.

Cuando hubo llegado al interior del jardín, hallóse confundido dentro de un mundo nuevo para él, mundo deslumbrador y tenebroso á la vez, semejante al que con tanta frecuencia había evocado y creado en sus noches de insomnio; mundo, en fin, en un todo parecido al que vieron en su desvariada exaltación los sabios locos y extravagantes que habían precedido á nuestro pobre hombre en la ansiada empresa de buscar la piedra filosofal.

Lo mismo en el palacio de la Marche que en las oscuras calles de Paris, Pacífico observaba que, sin interrupción, una palabra dominaba los estrepitosos gritos de la muchedumbre.

Y esta palabra era invariablemente la misma: ¡Salomón, Salomón!

Pacífico empezó á mirar con fijeza en torno suyo, y sus ojos divisaron el paisaje convencional con que en aquella época solía representarse la ciudad santa de Jerusalén y sus bíblicos contornos.

—Sí, sí—murmuraba el pobre Pacífico cruzando los brazos sobre su pecho;—siempre había creído yo que era preciso pasar por aquí para descifrar el último misterio. Esto es Jerusalén, y todas estas gentes hablan de Salomón, el padre de toda ciencia. Nada hay más natural.

Como seguían dirigiéndose por todas partes hiperboles y burlescas alabanzas, añadió el pobre pedagogo en un arranque de verdadero orgullo:

Alguien les habrá dicho que he llegado á resolver los cinco problemas y á destruir cinco de las siete hipótesis mayores. Les habrán dicho también que he cruzado ya el tercer grado y que sólo un ligero velo, más sutil que una gasa, se interpone entre la puerta del cielo y yo.

A medida que iba exaltándose, se cubrían de púrpura sus mejillas, el viento agitaba por detrás sus cabellos, y todo su semblante tomaba un aire de inspiración y de misterio.

Las turbas aplaudían, pareciéndoles que aquel tipo grotesco desempeñaba admirablemente su papel, pues nadie podía tomar en serio el entusiasmo de un individuo cuyo rostro remataba un desmesurado cucurucho de nigromante y cuyo cuerpo, desgarrado y anguloso, andaba torpemente envuelto en una sotanilla vieja, raída y mal cortada.

Después de algunos minutos, la muchedumbre, que aspiraba á divertirse más con el pobre hombre, empezó á pedir á grandes voces:

—¡Que hable, que diga algo el señor encantador, el sabio nigromante!

Pacífico alargó majestuosamente uno de sus brazos, y empezó á decir en medio de una tempestad de aplausos y hurras:

—Bien, hablaré. ¿Dónde está vuestro rey Salomón, que pretende ser el sabio de los sabios? ¿Hállase por ventura prosternado en este momento ante el ídolo de Belial, que tiene orejas de vaca y que le enseña el medio de cruzar el segundo grado?

Lo de las orejas de vaca hizo furor. Pacífico se creció en un codo, por lo menos, á los camaradas de Tarchino que agradecían á la casualidad el haberles procurado un bufón tan delicioso y tan perfecto.

—Oídlo bien—repuso Pacífico;—vuestro rey Salomón no se presentará ante mí; no se atreverá á arrostrar mis miradas.

—No se atreverá, no—dijo una voz entre la multitud.

—Habéis dicho bien; no se atreverá—repitió Pacífico con acento enérgico y exaltado.—Demasiado sabe él que soy su señor y su maestro; que he reducido á polvo los baluartes de todos los enigmas de que rodeó á la ciencia. Demasiado le consta, en una palabra, á vuestro rey, que yo he ganado, sin abandonar á Dios y sin renegar de mi fe, todos los grados que él pidió le descubrieran los ídolos impuros.

—¡Hola, hola!—exclamó un soldado que permanecía de pie á la entrada de los bosquecillos destinados á la representación de las delicias de la corte del sabio rey.—Este buen hombre no está aún bastante embriagado; bajémosle de su trono, camaradas, y entreguémosle á las damas judías para que nos lo devuelvan en buen estado.

Las mujeres encargadas de desempeñar el papel de esclavas de Salomón miraban con curiosidad el alegre cortejo, á través del follaje del florido y verde salón campestre. Allí estaban también los mágicos y hechiceros de la corte del sabio rey, preparándose para lanzar sus maleficios; y todas aquellas gentes abalanzáronse en torno del pavés en que hacia Pacífico su marcha triunfal.

El mercenario Pedro, á quien especialmente se dirigió Tarchino diciéndole: «Custodia á ese hombre», lo entregó á su vez á las mujeres con la misma recomendación.

Y las judías, apoderándose de Pacífico, á pesar de la resistencia que éste opuso, lo condujeron mal de su grado al salón de los milagros. La multitud formó un rueda en torno suyo; y el pedagogo, que había arrojado lejos de sí el gran cucurucho de ni-

gromante, veíase allí, en medio de aquella turba de locos, con los cabellos desgrefiados y despavoridos los ojos.

—Ya podéis tentarme—exclamó cruzando los brazos;—he consagrado mi alma al Señor y no temo vuestras seducciones.

El pobre decía la verdad, pues en su cabeza debilitada no germinaban sino ideas puras, como las que alientan las almas de los santos.

De repente apagaron las luces que iluminaban el salón florido, en medio de las aclamaciones de todos los espectadores, quedando sumida en la mayor oscuridad toda aquella parte del jardín. En aquel momento fué cuando Juan Rubio, resuelto á acudir en socorro de Pacífico, se vió sujeto por las blancas y diminutas manos de María de Argennes.

Un suave canto, una dulce melodía sonó en la oscuridad, mientras la brisa se saturaba de tibios y sensuales perfumes. Dominando las armoniosas armonías, alzóse la voz de Pacífico diciendo:

—Yo os reto, hijas del averno, y no me inspiráis temor, porque soy más fuerte que vosotras.

Cesaron las músicas y oyéronse en el interior de la selva rugidos pavorosos. Al propio tiempo, empezó á fulgurar una rojiza luz que nacía de los matorrales é iba dilatándose paulatinamente. El arte pirotécnico, á pesar de hallarse entonces en su infancia, producía ya maravillas.

El rojizo fulgor fué luego palideciendo, hasta convertirse en azul y después en verde. Las judías, que á esta luz parecían espectros, se retiraron con lentitud, acabando por desaparecer.

Pacífico quedóse solo en el salón campestre, y los rugidos espantosos iban en aumento.

Una gran manga de cohetes resplandeció por encima de los árboles, reemplazando á la luz verde otra de matiz cobrizo, á cuyo resplandor divisáron-

se en todas las entradas del bosquecillo grandes monstruos con sus espantosas fauces abiertas. Entre los espectadores hubo más de un valiente soldado que se sintió sobrecogido de terror á la vista de las fieras. Los monstruos fueron avanzando lentamente hacia Pacífico, mientras la luz, en sus continuos cambiantes, volvía á tomar su primitivo color rojizo. Había leones, tigres, panteras y enormes lobos con los colmillos ensangrentados.

Ante esta visión erizáronse los cabellos de Pacífico, pero no retrocedió un solo paso, limitándose á murmurar:

—*Vade retro!*

A estas palabras agitáronse los monstruos, y girando sobre sí mismos, hicieron horribles contorsiones. No fué, sin embargo, bastante eficaz, al parecer, aquel exorcismo, pues rehechos los monstruos de su influencia, se enlazaron unos con otros por medio de las garras, empezando á marcar en torno de Pacífico un baile verdaderamente inverosímil y espantoso.

Esta vez sospechó el pedagogo que sus sentidos le engañaban, porque creyó oír que los monstruos seguían la danza al compás de una canción de taberna.

Cuando hubo concluído la primera figura, todos los monstruos articularon un grito adecuado á sus respectivas naturalezas; el león rugió, el lobo dió un aullido, la pantera vibró un grito sordo y cavernoso, y el tigre prolongó un abominable rugido. El público se tapaba los oídos.

Pacífico, que sudaba la gota gorda, vió al león dirigirse hacia él con paso grave y ceremonioso. Esta fiera, cuyo cuerpo era en verdad gigantesco, llevaba pendiente del cuello una delgada cadenilla de hierro, en el centro de la cual brillaba un anillo de oro ó dorado.

Cuando el león hubo llegado junto á Pacífico, que estaba más muerto que vivo, levantóse con seguridad sobre sus patas traseras y se desabrochó con gran soltura la cadena del cuello, después de lo cual tomó la palabra y dijo en buen francés:

—Maestro, he aquí el anillo de Salomón.

Los parroquianos de la taberna vecina pudieron reconocer en la voz del monstruo el acento grave, profundo y robusto del tío Amapola, aquel que llegó á la edad de cincuenta años sin pegar á su mujer.

El león tendió la cadena de hierro alrededor del cuello de Pacífico, casi petrificado, después de lo cual oyóse un segundo concierto de aullidos, acompañado de un ordenado movimiento general de retirada de todos los monstruos, á la luz de un fuego amarillo, que palideció, llegando á apagarse entre convulsiones de color gris.

Reprodujéronse entonces á lo lejos los cantos armoniosos y dulces, alumbraron otra vez los farolitos y vasos de colores como por arte de encantamiento, y la gran falange de las esclavas de Salomón volvió á apoderarse, como por asalto, del salón florido de los milagros. Pero á la vista de Pacífico todas las esclavas detuviéronse afectando un aire de profunda admiración.

—¡Señor, señor!—exclamó una de ellas llamada Berta,—¿quién os ha dado esos hábitos?

Y todas repitieron juntando las manos:

—¡Qué bellos! ¡Qué magníficos!

Y le rodeaban contemplándole y enumerando en alta voz una por una las piezas de que constaban los supuestos hábitos de seda y oro, sin omitir la pedería que brillaba en su cinturón y en su diadema.

Pacífico mirábase de pies á cabeza, sin acertar á ver más que su menguada sotanilla, ante cuyo espectáculo los espectadores se apretaban los costados por no reventar de risa.

Pero al registrarse de arriba abajo, con creciente sorpresa, Pacífico reparó en el anillo de oro que pendía de su cuello, lo cual hizo que se disipara todo su asombro.

—Esto es efecto del anillo de Salomón—pensaba.

Y para convencerse más de que no se equivocaba, puso el talismán entre sus labios, y, recordando la tradición, dijo en voz alta:

—¡Deseo hacerme invisible!

Y no pudo quedarse descontento de la prueba; pues apenas fueron pronunciadas estas palabras, las esclavas de Salomón empezaron á frotarse los ojos al mismo tiempo, fingiendo que andaban buscando como almas en pena.

—¿En dónde se ha metido?—preguntábanse todas mirando á una y otra parte; —¿en dónde está el gran encantador, nuestro sabio maestro? Ahora mismo estaba aquí, en este lugar, y ya no le vemos.

Pacífico se reía para su capote, y el público, que se hacía cargo de lo que pasaba, reíase aún de mejor gana.

Pero el carácter formal de Pacífico no podía satisfacerse mucho tiempo con semejantes bromas; así es, que sacó de sus labios el dorado anillo, y todas las mujeres, afectando volver á verle de improviso, arrodilláronse á sus pies exclamando con alborozo:

—¡Hele aquí á nuestro sabio señor; festejemos todas con júbilo su regreso.

Pacífico no las miraba ya; reconcentróse en sí mismo, casi orgulloso de su gran triunfo.

Tal era su desvanecimiento, tan grande su exaltación, que no tenía para defenderse de sus quimeras ni aun la flaca y ofuscada razón que ordinariamente le asistía. La fatiga había debilitado su cuerpo hasta el punto de que sólo le sostuviera ya el ardor de la fiebre que de él se había apoderado. Así

se comprende que el pobre hombre llegara á creer que, real y efectivamente, poseía el prodigioso anillo de Salomón.

Entretanto, discurría de esta suerte:

—Yo soy el más fuerte de entre los fuertes, y si me place, toda esta muchedumbre caerá prosternada á mis pies. El milagroso anillo se ha escapado de las manos de quien indignamente lo poseía, y soy yo el llamado á conservarlo en mi poder, porque he sabido sondear leal y cristianamente los arcanos de la ciencia; porque he consagrado mis días y mis noches á pedirle á Dios la clave del eterno enigma, sin haber pensado nunca en dirigirme, por amargo que fuera mi desaliento, al mentiroso enemigo del linaje humano. Llegó por fin la recompensa; ¡mi voluntad es ley!

Y el pobre cerraba los ojos para ni distraerse de sus meditaciones solemnes; la idea del gigantesco paso que iba á dar en el camino de la ciencia le llenaba de entusiasmo y de temor, puesto que, sin precisar aún su pensamiento, no cabe duda de que Pacífico acariciaba sin cesar el de obtener el gran secreto de la piedra filosofal.

¡La piedra filosofal! Doble y preciado tesoro de los dos ardientes deseos que nacen y mueren con el hombre, á saber: la vida y la riqueza.

La vida, ó lo que es lo mismo, ese don inapreciable que nuestro primer padre Adán perdió cuando la cólera celestial le arrojó del paraíso terrestre: el don de la inmortalidad.

La riqueza, ó lo que es lo mismo, el atractivo de esa vida sin término, que no sería más que una congoja prolongada, si hubiera de pasarse en una fragilidad y en la miseria.

¡Pozos de oro y pozos de vida, inagotables unos y otros! He aquí el perpetuo sueño de la humanidad. Y aquel pobre hombre que era el dominguillo del

vulgo, aquel hombre que era el ludibrio y la burla de un enjambre de aventureros y criados, aquel hombre, decimos, sintióse en aquel momento más grande y fuerte que un semidiós.

—Yo lo quiero—murmuró, volviendo á llevar á los labios su precioso anillo.—¡Es preciso que el milagro se manifieste aquí, en este lugar y en esta misma hora!

Sus miembros flaqueaban y sentía que las fuerzas iban abandonándole.

No había, pues, que perder un segundo, porque se hallaba en el crítico instante en que el sabio va á saltar la suprema barrera, que el rayo de la ignorancia quiere ocultarle con su luz deslumbradora y fosforescente.

Y sin embargo, Pacífico se detuvo, sin que su mano, indecisa, llevara hasta los labios el misterioso anillo: un nuevo pensamiento centelleaba en el caos de su enflaquecida razón.

Decía la tradición, que bastaba satisfacer tres deseos para que quedara agotado todo el poder del anillo del hijo de David; y Pacífico, el insensato, había consumido ya neciamente los dos tercios de aquel tesoro inestimable.

Una vez había dicho: *Quiero ser invisible*; y luego, á poco rato, añadió: *Quiero que vuelvan á verme*; y ambos deseos quedaron al instante cumplidos; así es que no le quedaba más virtud al anillo, que para satisfacerle una sola aspiración. Coged al más humilde de todos los mortales y colocadle en la situación de tener que elegir el cumplimiento de uno de los deseos que acaricia su alma, y veréis si se resuelve sin vacilar.

Pocos hombres habría en el mundo más modestos y humildes que Pacífico, y sin embargo, puesto en reflexión, quedóse sin saber á qué deseo debía dar la preferencia. No era para su provecho, por lo

que el pobre hombre aspiraba á descubrir la piedra filosofal, y eso no obstante, sintió germinar dentro de su corazón un escrúpulo unido á un remordimiento. Reprendía su egoísmo y se sintió el pobre avergonzado.

Porque el último deseo cuya satisfacción creía posible, pudo formularlo de una manera categórica, diciendo, por ejemplo: Quiero que la duquesa Isabel y su hijo recobren su nobleza, su poder y su fortuna, para que sean del todo felices en la tierra.

Pero esto era pedir la parte en vez del todo, ya que, según la lógica de Pacífico, la posesión de la piedra filosofal implicaba todo lo demás.

Sin embargo, el buen hombre era formal y de rígida conciencia; y para que el genio misterioso encargado de ejecutar las órdenes transmitidas por medio del anillo de Salomón no fuera á meterse en sutilezas, creyó más seguro expresarle su voluntad en aquellos términos precisos.

La mano del pedagogo púsose otra vez en movimiento y el prodigioso anillo se acercó de nuevo á sus labios. ¡Cuanto le dolía tener que desposeerse de aquel espléndido tesoro que se hallaba al alcance de sus dedos y que iba á perder para siempre sumergiéndole en la impotencia y en el abandono! Pero era más poderoso que esto el amor que profesaba á Juan de Armagnac y á su madre.

Estaba ya el anillo casi tocando sus labios, cuando su mano se detuvo convulsivamente. Esta vez, el vivo color que el inopinado triunfo había pintado en las mejillas del buen hombre, se desvaneció como por ensalmo mientras brotaban de sus ojos dos lágrimas de fuego.

—¡Padre desnaturalizado!—murmuró,—¡soy un monstruo!

Cayeron sus brazos inertes y añadió:

—¡Siempre todo para los unos y nada para los otros!

Su agitación era horrible.

—¡Oh Marión!—murmuraba,—¡mi pobre esposa! Esos pobres hijos nuestros no han tenido en el mundo más protección que tus plegarias. Yo sólo pienso en ellos por casualidad, y después de pensar en todo... Sí, Marión, mi muy amada mujer, perdóname, porque en esta ocasión, la mejor gracia que Dios podía otorgarme, se la dedicaré á ellos. Este tesoro que yo poseo y que tengo entre mis manos, lo consagro á ti, pobre Marión, á nuestro hijo y á nuestra hija.

Y con un gesto precipitado, como si hubiera temido arrepentirse demasiado pronto, puso el anillo entre sus labios, diciendo:

—Deseo ver á mis dos hijos, si es que Dios les ha conservado la vida.

Oyóse en esto una algazara estrepitosa junto al salón florido y la multitud se agitaba de una manera febril por aquellos contornos: era que el rey Salomón acababa de hacer su entrada solemne.

Pacífico hallábase á mil leguas de lo que sucedía á su alrededor y pensaba únicamente en la realización del deseo que acababa de formular. Abrió los ojos con un terror instintivo, porque ya se sabe que los prodigios encierran un no sé qué temible é impotente. El pedagogo vió en el acto, á algunos pasos de sí, á un alto y hermoso joven, cuyo aspecto conmovió todas las fibras de su corazón.

—¡Mi hijo, mi hijo querido!—Tal fué su primera exclamación.

El alto y bello doncel, que llevaba una espada al cinto y una caperuza inclinada sobre una verdadera selva de cabellos negros y ensortijados, abrióse paso por entre la enloquecida turba de danzantes y marchó directamente hacia Pacífico.

—¡Prodigio, milagro!—pensó éste.—¡Marión, esposa mía, tú nos ves y eres feliz con nosotros!

Juan Moreno, pues, era el joven en que se había fijado Pacífico; acercóse á éste, y le dijo:

—Vamos, buen hombre, ¿qué hacéis aquí en medio de todos esos desocupados, que se divierten con vos? No falta quien os ama en este recinto, y al que os ama, le quiero yo entrañablemente también; esto sin contar con ciertos recuerdos que me han venido esta noche y que hacen de mí un principito, como los de los cuentos de Mari-Castaña. Seguidme, que yo os conduciré á un sitio donde nadie, os respondo de ello, se atreverá á burlarse de vos.

—¿Y mi hija?—murmuró Pacífico,—no la veo; ¿habrá muerto?

Juan Moreno no le oyó.

En tanto, crecía el tumulto; criados, pajes, escuderos, hidalgos y damas, lanzábanse á la vez hacia el palacio de Salomón, donde los aparatos pirotécnicos de Aníbal Cola estaban obrando portentos. En medio del paisaje, que había quedado oscurecido de pronto, se destacaba el regio alcázar como un castillo fabricado de diamante.

—¿En dónde está?—preguntó entonces una voz cerca del salón.—¿Dónde está el loco aquel que he confiado á vuestra custodia?

En medio de la confusión y el ruido no fué posible oír la respuesta de Pedro, Raúl y demás hombres de armas de la compañía de Tarchino, pero pudo escucharse la voz de este último, que añadió:

—Ha llegado la hora en que tenemos necesidad de él.

Los hombres de armas invadieron con impetu el salón campestre, donde no quedaban más personas que Pacífico y Juan Moreno.

—¡Cáspita!—exclamó Tarchino al verlos juntos á los dos.

Y una perversa sonrisa contrajo sus labios:

—¿Es así como cumplimos la consigna, maese Juan Roldán?—dijo.—¡Vive Dios, buena alhaja, que creo vais á entrar en relaciones con los sótanos del castillo!

—Bueno, bueno—murmuró Tarchino,—ya podremos entendernos de otra manera cualquier noche á la luz de la luna, pimpollo, pues veo que jugáis un juego que no es de mi gusto. Entretanto, permaneced tranquilo, ó ¡ay de vos!

A una señal suya los hombres de armas rodearon á Juan Moreno, con las espadas desnudas. Pacifico contemplaba absorto aquella escena; pero cuando vió salir los estoques de sus vainas, atrevióse á contener los dos brazos de Tarchino.

—¿Qué queréis hacer de ese niño?—preguntó acercando su rostro al del italiano y mirándole con fijeza.

Tarchino se echó á reír y dijo al pedagogo:

—Pues qué, buen hombre, ¿has olvidado ya el objeto que te ha traído aquí? ¿A quién buscas?

—¿Que á quién busco por aquí?... Sí, es verdad; yo he venido á buscar á alguien.

—A tu hermoso señorito—repuso el italiano, empujándole hacia el palacio de Salomón.

Pacifico se dejaba conducir como un muchacho, y murmuraba:

—Sí; á mi pobrecito Juan. Es verdad.

Y sin embargo, el buen hombre volvía constantemente la cabeza hacia el salón florido, mirando al alto y garrido mancebo, que se presentó ante sus ojos en el momento mismo en que pedía al poderoso anillo de Salomón que le otorgara la gracia de ver á sus hijos.

Mirábale sin cesar, y á medida que la distancia hacia menos perceptibles para él las picarescas y despejadas facciones de Juan Moreno, pareciale

ver surgir del fondo de la obscuridad el semblante tierno y dulce de la pobre Marión.

—Es mi hijo—pensaba;—me lo dice mi corazón. ¡Y yo que me acusaba de no amarle! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Con cuánto placer diera mi vida por salvar la suya!

—No hay por qué inquietarse, buen hombre—dijo á esta sazón Tarchino;—no se le hará el menor daño.

—¡Pero su hermana!—pensaba Pacifico;—todo el poder del anillo de Salomón no ha bastado á presentarla ante mis ojos... Y sólo los muertos pueden resistir á aquel conjuro. ¿No estará ya en el mundo?

En esto llegaron al sitio brillante y deslumbrador en donde estaban congregados los principales personajes de la fiesta.

—Mira—dijo el italiano golpeando bruscamente el hombro de Pacifico;—mira, y verás cómo sé cumplir mis promesas. ¿Qué observas, no ves nada?

Y le indicaba con el dedo, por encima de las cabezas de la multitud, la comitiva de la reina de Sabá. El pedagogo, deslumbrado por el torrente de luz que brotaba por todas partes, miraba sin ver cosa alguna.

—¡Allí, allí!—repuso Tarchino con marcada impaciencia;—aquel paje de la rubia cabellera, que da la mano á la tercera dama del cortejo, á la que lleva manto azul y caperuza de terciopelo.

Pacifico estaba colocado de manera que no podía divisar al paje de los cabellos rubios, pero su mirada fijóse con atención en la compañera del mocito.

Esta, que iba ya á desaparecer tras del vestibulo del palacio de Salomón, hablaba con tanta viveza y energía, que no se fijó en el número de peldaños que precedían al peristilo, lo que fué causa que su piecito tropezara en el primer escalón. Con el esfuerzo que se vió precisada á hacer para conser-

var el equilibrio, cayósele la máscara, y Pacífico prorrumpió entonces en un grito de júbilo, mientras besaba el anillo de Salomón como si hubiese sido una preciosa reliquia.

—¡No ha muerto ella tampoco; no, no ha muerto aún!—dijo riendo y llorando.—Ya he encontrado á mis hijos. Marión, mi pobre esposa, mira mi pecho y verás cuánto te amo.

La compañera del rubio paje volvió á ponerse precipitadamente el antifaz; Tarchino no tuvo tiempo de reconocerla, pues estaba preocupado en examinar á Pacífico en medio de la mayor inquietud y el más vivo recelo.

El pedagogo tenía la cabeza entre las manos y daba silenciosamente gracias á Dios.

—¿Le has visto?—preguntó Tarchino.

—No,—respondió el buen hombre;—no es él á quien acabo de ver.

—Pues bien—dijo el italiano, empujándole de nuevo,—vayamos al interior del palacio, porque es preciso que veas á tu joven señor.

IV

LOS CELOS

Juan Rubio, disfrazado de paje de la reina de Sabá, con la propiedad histórica que antes hemos descrito, paseábase frente de la puerta principal de la gran tienda de Blanca de Armagnac. Si alguien hubiera reparado en el guapo mocito cuando no llevaba más que su ropilla de paño burdo y su miserable capa, es de creer que se habría sorprendido grandemente al volverle á encontrar con su brillante y nuevo atavío. Hay que convenir en que no era éste el medio más adecuado para que el joven pasara desapercibido.

Sin embargo, débese tener en cuenta que los colores de Blanca de Armagnac eran aquella noche un buen salvoconducto; y la curiosidad que Juan Rubio inspiraba traducíase sólo en miradas de simpatía por parte de los hombres y en benévolas sonrisas por la de las mujeres.

Una ó dos veces, en tanto que hacía su guardia, vínole á la memoria el recuerdo de Juan Moreno, y miró á uno y á otro lado para ver si por casualidad daba su vista con su amigo emprendedor y generoso; pero éste debió sin duda estar absorbido por serias é importantes operaciones, y como el arrogante caballero tenía otras cosas en qué pensar, se distrajo del recuerdo de su camarada.

La cabeza del pobre Juan Rubio estaba á punto de estallar, tanto era lo que discurría sobre su inverosímil situación.

Al cabo de media hora, que le pareció larga como un siglo, oyó que empezaban á resonar músicas en la dirección del castillo de la Marche. Iluminóse de súbito toda la parte del paisaje que rodeaba las inmediaciones del palacio del hijo de David, y al propio tiempo el atrio del castillo, engalanado y prolongado artificialmente, cubrióse de una gran multitud de señores y de levitas adornados con toda la brillantez de los trajes de capricho que eligió el gran ordenador de las fiestas dadas por Olivier de Graville para representar al pueblo hebreo del siglo del gran Salomón.

Un ejército de esclavos, con antorchas encendidas, descendió dividido en tres pelotones, haciendo penetrar una luz brillante y movediza hasta el fondo de los bosquecillos del jardín; los guerreros, los escribas y los sacerdotes formáronse en doble hilera, en toda la extensión de la gradería, iluminada con nítidos reflejos; y á poco vióse aparecer en el más elevado escalón, como rodeado por una aureo-